

En la intemperie del consenso. Entrevista a Alfons Cervera

DANIEL ARROYO-RODRÍGUEZ
COLORADO COLLEGE

Yo sé que existo porque tú me imaginas
Ángel González

“Prohibido el reposo a cualquier a forma de buena consciencia” (*Espectros* 9). Esta máxima derridiana condensa la posición de la obra literaria de Alfons Cervera en un contexto marcado por la mayor crisis económica y social en España desde la reinstauración de la democracia y cuyo inicio coincide precisamente con la aprobación de la Ley de Memoria Histórica de 2007.¹ A falta de presupuesto, la aplicación de muchas disposiciones de esta ley quedan en el tintero, lo que frena un proceso que apenas comienza a levantar cabeza. No obstante, a las dificultades económicas se contraponen un contexto social y político que, más allá de la memoria histórica, cuestiona las exclusiones sobre las que se fundamenta el orden democrático. Así, si durante la transición democrática española se ponen trabas a la participación política de exiliados, antiguos guerrilleros y a la izquierda militante—como denuncia Guillem Martínez en *Franquismo Pop*— ahora les toca el turno a indignados, desahuciados, desempleados y a las decenas de miles de exiliados que produce actualmente la crisis. Se trata de individuos que, como “objetos volantes no identificados,” según la expresión que emplea Amador Fernández Savater, quedan fuera de un orden parlamentario capitalista que, simplemente, no los representa (s/p).

Estas exclusiones se justifican sobre la base de lo que intelectuales como Martínez, Fernández Savater y Belén Gopegui, entre otros, denominan la *cultura de la transición* y que o bien silencia aquellas voces que sufren la represión franquista o las supedita al oportunismo comercial.² De hecho, y como indica Fernández Savater, en el actual marco democrático

cualquier producto cultural debe abrazar o el consenso o el mercado para ser reconocido como tal. Según este crítico:

La cultura de la transición es una cultura esencialmente consensual [...] que impone ya de entrada los límites de lo posible: la democracia-mercado es el único marco admisible de convivencia y organización de lo común, punto y final. La cultura de la transición se dedica entonces desde hace treinta años a poner ese punto y final (una y otra vez): “eso no se discute,” “no sé de qué me hablas,” “el pasado ha pasado,” “no hay alternativa,” [...] Es una cultura profundamente despolitizadora: porque la política va precisamente de hacer preguntas sobre los modos de estar juntos. (s/p)

En este contexto, Cervera concibe la recuperación de la memoria como un proceso que, según Marta Sanz, “nada tiene que ver con la memoria esclerotizada y comercial, con la nostalgia embotellada, que nos prende al pasado en lugar de ayudarnos a emprender el futuro” (Cervera *Tantas lágrimas*, Contraportada). Ajeno a los intereses del mercado y a toda moda literaria, Cervera no sólo proyecta una nueva perspectiva sobre un pasado hiriente, sino que anticipa también la postura de grupos y movimientos— como es el caso de *¡Democracia Real, Ya!* y del *15-M*—que se rebelan contra las exclusiones de un sistema paradójicamente democrático. Así, en sus novelas y artículos periodísticos, este autor construye un espacio ético y político en el que da cabida a aquellas voces que, como ocurre con el maquis o con los represaliados de la dictadura, exceden los límites del consenso. De este modo, tanto la recuperación de la memoria que plantea Cervera como las movilizaciones sociales que tienen lugar tras la emergencia de la crisis, aspiran a un modelo de democracia que reinstaure la posibilidad del desacuerdo, e incluso de la ruptura, como una opción política.³ “Literatura de buena ley, para leer y paladear despacio”, como señala Ricardo Senabre en su crítica en *El Cultural*, que pone en jaque las exclusiones y las lógicas de la desmemoria sobre las que se asienta la democracia española actual (*Tantas lágrimas*, Contraportada).

Entrevista

Usted comienza a escribir sobre la memoria histórica a principios de los años 90. ¿Cómo surge su interés por la recuperación de la memoria histórica en un periodo en el que todavía no forma parte de un discurso público y de amplia difusión?

R. Nunca fue mi intención escribir una serie de novelas sobre eso que luego se llamó “memoria histórica”, un término, por otra parte, erróneo por lo que tiene de contradicción entre los dos que lo forman. La memoria y la historia no son lo mismo, por más que una y otra se necesiten para construir un discurso de verdad que aún hoy anda bastante desnortado. Entonces (a principios de los noventa del pasado siglo) no existía ese término. Eso vendría a mediados de esa década y sobre todo a principios del 2000, cuando el “género memorialista” ya alcanza cuota de mercado. Con *El color del crepúsculo*, que empecé a escribir en 1992 o 1993, quise rendir una especie de homenaje afectivo a mi tierra y a mi gente. Soy de Gestalgar, un pequeño pueblo de la Serranía valenciana. Y nunca había escrito una sola línea de ficción (sí muchos artículos periodísticos) dedicada a esa tierra y a sus habitantes. Fue entonces cuando decidí contar la historia de la infancia en un territorio concreto [Los Yesares: metáfora de los pueblos de la montaña]. Y en un tiempo lo mismo de concreto: los años cincuenta del siglo XX, cuando las consecuencias de la Guerra Civil española seguían existiendo con fuerza sobre todo en los pequeños núcleos rurales. Todavía hoy –aunque muchos digan que no– aquella maldita guerra orquestada por el fascismo contra la legalidad republicana sigue existiendo en mi país. Después llegarían *Maquis* y las otras novelas que formarían el denominado *Ciclo de la memoria*.

¿Cómo ha cambiado el contexto cultural y político en España desde que empieza a escribir sobre la recuperación de la memoria?

R. Ha cambiado mucho y en bastantes cosas. Cuando en 1982 el PSOE gana las elecciones generales, lo que hace es seguir a rajatabla el discurso de la Transición, un discurso que se inventaron la UCD (partido surgido de los sectores más listos y oportunistas del franquismo), el PSOE y el PCE y que se basaba principalmente en una idea muy de foto fija sobre la reconciliación. El golpe de Estado del 23-F [23 de febrero de 1981] ayudó a que las políticas futuras (y ahí entraba directamente la victoria del PSOE con Felipe González y Alfonso Guerra a la cabeza) fueran las del consenso y no otras. No hubo –no la hay todavía después de tantos años– una política seria de la memoria en España. Como dijo Alfonso Guerra en varias ocasiones, la memoria del tiempo roto por el alzamiento militar de 1936 era ya pura arqueología en aquellos años ochenta del siglo XX. Había que inventar otro país para salir de las ruinas. Y se inventaron el país del consenso, del equilibrio entre las memorias en que se asienta muchas veces la historia, del borrón y cuenta nueva. Posteriormente, en 1996,

gana las elecciones el Partido Popular, un partido con amplias zonas de militancia venidas del franquismo y rebrotan los viejos lenguajes, la teoría de las dos Españas que cantaba Antonio Machado. Y con ese rebrote, surge la necesidad de un discurso que, sin que sea rompedor con la abulia socialista de antes, suponga una vuelta al pasado en el sentido de añadirlo a las reflexiones sobre el presente. La reconciliación es importante pero no a cualquier precio. Y desde ese momento empiezan a funcionar discursos en que las memorias de unos y de otros se cruzan para paliar tantos olvidos. Sigue existiendo, sin embargo, una hegemonía en ese cruce de discursos: la de quienes insisten en que la Transición es intocable. La memoria republicana y esa mentira insoportable que fue el franquismo a la hora de construir un relato sobre el pasado se han de poner de acuerdo para alcanzar un equilibrio que evite más enfrentamientos. Eso supone que empiecen a abundar textos de toda clase a finales de aquellos años noventa. La historia, la memoria testimonial y la ficción crecen en las estanterías del mercado. Y es entonces (antes sólo había un calculado olvido y demasiado silencio) cuando se añaden ahora las urgencias de una recuperación memorialista que en muchas ocasiones no dudo en calificar de hueca y oportunista. El mercado empieza a sentar sus bases y ya se sabe que cuando el capitalismo (¿o no son eso los mercados?) pone el ojo en algún punto del paisaje ya es muy difícil escapar a sus decisiones e influencias.

Sus novelas sobre la memoria—*Maquis* (1996), *La noche inmóvil* (1999), *La sombra del cielo* (2003), etc. – suponen un cimiento sólido dentro de la literatura de la recuperación de la memoria histórica. ¿Cómo han cambiado estas obras su forma de entender la literatura y la creación literaria? ¿Y la memoria histórica?

R. Siempre pensé que la literatura, si no está enraizada en la realidad, en aquello que nos pasa, no es literatura sino otra cosa. Nunca me interesó la escritura ensimismada, el yo exacerbado que lo ocupa todo, como esa nube tóxica que deja un paisaje sin aire para respirar. Sé que no es ésta una opción mayoritaria. Pero es lo que pienso y allá cada cual con sus gustos lectores y los que apuntalan su propio trabajo de escritura. Y es cuando empiezo a escarbar en esos flujos inestables de la memoria cuando aquel viejo convencimiento alcanza mayor envergadura. Hasta entonces me preocupaba más la manera de contar una historia que la historia misma. A partir del “crepúsculo” creo que intenté equilibrar al máximo la historia y la manera de contarla. Es ahí cuando más me convenzo de que el estilo (eso tan pretencioso que ponía enfermo a Flaubert) es la moral del relato, entendiendo el estilo

(insisto: eso tan pretencioso) no sólo en lo que concierne a la forma sino a lo que encierra esa forma en sus tripas más profundas. Escribir bien es imprescindible, pero la escritura no lo es todo. Una escritura digna puede resultar más vacía que las comparencias de los futbolistas y entrenadores en sus ruedas de prensa. Por eso también la historia que se cuenta ha de ser cuanto más compleja mejor, con aristas que –como decía Kafka– sean como hachazos en cada línea de la escritura que la cuenta. Sobre lo que dices acerca de la memoria histórica, creo que he ido aprendiendo –y ahí sigo, en el proceso de aprendizaje– bastante sobre el tiempo aquel tan difícil que entendemos como memoria histórica: la II República, la Guerra Civil, la dictadura franquista y la transición política a la democracia. Y aunque lo que escribo pertenezca al territorio de la ficción, intento que haya unas raíces históricas que al menos supongan una moral propia (la mía) a la hora de inventarme lo que cuento. Y al decir “propia” quiero decir personal, equivocada o no, pero personal y todo lo transferible o intranferible que se quiera.

Las mujeres en sus obras son frecuentemente entrañables: Guadalupe, Rosario, etc. Además, algunas de las obras de éxito más recientes (*Donde nadie te encuentre*, de Alicia Giménez Bartlett, e *Inés y la alegría*, de Almudena Grandes) abordan precisamente la cuestión de género y la participación de la mujer en el maquis. ¿Qué deuda tiene la recuperación de la memoria histórica con estas mujeres?

R. Toda, la tiene toda. El maquis –la guerrilla, como les gustaba nombrarse a los hombres y mujeres que la formaban, no les gustaba nada que les llamaran maquis– tiene una iconografía masculina. No aparecen mujeres en las imágenes –escasas, muy escasas– que lo representan. Es como si no hubieran existido. Y existieron. Y tanto que existieron. Es verdad que no muchas, pero entre las que participaron en la lucha y las que sirvieron de puntos de apoyo sí que podemos encontrar una amplia nómina de mujeres activamente participantes en la guerrilla antifascista. Es más, si atendemos al sufrimiento que esa lucha les deparó, habría que recordar lo que me contaba Florián García –llamado “Grande” en el monte: las que de verdad sufrían eran las mujeres porque ellas vivían indefensas en los pueblos mientras ellos llevaban armas. Y también lo que me contaban las guerrilleras Remedios Montero, “Celia” (esposa de Florián García), y Esperanza Martínez, “Sole”: no había distinción entre las mujeres y los hombres del maquis. Sin embargo, hay que recordar estos datos a cada momento. Si la guerrilla antifascista fue la gran olvidada en ese proceso de desmemoria en

que nos meten la Transición y los sucesivos gobiernos socialistas hasta 1996, serán las mujeres las que más sufrirán aquel olvido.

En cuanto a su recepción, sus novelas tienen, por lo general, muy buena aceptación por la crítica literaria de izquierdas. Sin embargo, ¿qué reacción genera dentro de los sectores más conservadores de la sociedad española?

R. No lo sé. Ni me importa. Me da igual lo que piensen esos sectores. Como tampoco me importa lo que dicen otros sectores no conservadores y que tienen una concepción de la literatura memorialista que se acerca mucho a aquellos. Hablo de quienes defienden una escritura de consenso a la hora de establecer vínculos con esa escritura y el punto de vista de su relato. En España seguimos viviendo una relación sagrada (o casi) con el espíritu de la Transición, al menos desde las instancias de poder, sea este poder literario, político, ideológico, mediático... Yo me muevo fuera de esas instancias, voy a la mía. La Transición no es lo que se dice en su versión más oficial, venga esa versión de la derecha o de una parte de la izquierda. La escritura, ninguna escritura, debería ser neutral. Ahora se estila mucho en España hablar del territorio cuyo color más hegemónico es el gris, frente al blanco y el negro que significarían los extremos (según su lenguaje: los extremismos). No entiendo muy bien esa tonalidad. Tampoco entiendo por qué llegar a eso que se llama reconciliación ha de hacerse (o al menos intentarlo) sobre las bases del acuerdo y no de la discrepancia. Es como un intercambio de memorias y de olvidos. Yo pongo los míos a tu disposición y a cambio tú haces lo mismo con los tuyos. Ya sé que la cosa no es así de sencilla, pero el debate, la discrepancia todavía resultan más complejos. Mis novelas, lo que digo también en las afueras de esas novelas, tienen poco que ver con el consenso, con la versión dulce de la Transición que ha pasado a formar parte de una mí(s)tica de la historia última de nuestro país.

Sus novelas hacen pocas concesiones al mercado. Por ejemplo, sus obras se publican en una editorial de no muy amplia difusión y siguen una estructura narrativa compleja. A pesar de ello, cada una de sus novelas genera bastante interés, no sólo en España, sino también en países como Francia, Alemania y Estados Unidos. ¿Cómo se explica este interés?

R. Pues como si estuviera viviendo en una galaxia desconocida. Los libros nacen de donde nacen y luego ya viven por su cuenta, con el riesgo que supone eso de vivir por su cuenta.

Digo riesgo en el sentido que impone lanzarse a un territorio desconocido que es el de la lectura. No sé si hay aventura más grande que la que viven los libros cuando se exponen a esa incertidumbre, a esa intemperie que es la mirada de quien lee, y más aún si quien lee posee como cualidad más noble la exigencia de una buena lectura. Por otra parte, he de decir que es para un escritor el colmo de la satisfacción saber que se le lee. Lo que nunca pensé, ni con *Maquis* ni con ninguna otra novela, es que mis historias pudieran interesar con la intensidad que están interesando en esos países que dices. Con un punto de rareza añadido a esa expansión: esas novelas sólo están traducidas en Francia, mientras en EEUU, Irlanda, Alemania y otros países las estudian y trabajan en español. No sabría decir la razón de ese proceso. Pero a veces intento imaginar mis novelas en aquellos países y no me quito de la cabeza lo que te decía antes: han llegado a esos sitios, pero cómo resistirán el trayecto de ahí a los lectores, cuáles serán los avatares del viaje, como en aquel viejo relato de Kavafis. Soy un escritor que escribe -en el sentido moral que contaba Onetti- y a quien lo de ser escritor como algo que ponemos en el carné de identidad no le interesa absolutamente nada. Vivo fuera de los circuitos que imponen los mercados literarios. Publico siempre y desde siempre en Montesinos, una editorial que no es una de las grandes y que no cambiaría por ninguna otra. Cuando no estoy de viaje, vivo en mi pueblo, apartado de cualquier foco de interés que no sea el de la amistad y la lealtad a una gente y a una tierra. Por eso, me resulta todavía más raro el hecho de que mis novelas hayan llegado tan lejos, al menos geográficamente hablando. Igual ha influido en esta situación la importancia que la “memoria histórica” ha adquirido en muchos sitios en los últimos años.

En lo que respecta a la relación entre cultura y mercado, en los últimos años, la representación del maquis han tenido un éxito comercial considerable, como muestra, por ejemplo, la película *El laberinto del fauno* (2006), de Guillermo del Toro. ¿Qué efectos está teniendo el mercado en la recuperación del maquis? ¿Qué beneficios plantea el mercado en la recuperación de esta figura? ¿Qué riesgos?

R. ¿Sabes?, no creo que las representaciones de la guerrilla antifascista en España (maquis) hayan tenido un buen itinerario comercial. Tampoco creo que haya habido muchas de esas representaciones. La mayoría viene de antes, del propio franquismo, de la Transición o de los años ochenta y primeros noventa. Ha habido bastante cine documental desde 1997, pero no de ficción. Además, con la historia del maquis sucede una cosa rara: por más abundancia que

haya de películas antes y después de la dictadura su realidad política, histórica, ideológica apenas ha trascendido. Es como si esa realidad fuera algo a esconder en nuestra historia última, como si esa misma peripecia y sus protagonistas fueran como esa ropa sucia que solemos esconder a la mirada de quienes visitan nuestra casa. Y hasta de nosotros mismos. Una cosa he de dejar clara: siempre defenderé aquella peripecia y a sus protagonistas, claro que con sus luces y sus sombras, como pasa con todo, pero mis novelas y yo mismo –como escritor y como ciudadano– nunca olvidaremos aquel pedazo de historia que muchos –de la derecha y de la izquierda– quisieran ver borrado del mapa de la historia y el recuerdo. Es evidente que toda recuperación del pasado entraña riesgos, claro que sí. La mejor investigación es aquella que no sabe lo que se va a encontrar al final de su recorrido. Desprecio profundamente a esos tipos metidos a historiadores que saben desde el principio lo que se van a encontrar. Y a los escritores que, desde la ficción, al empezar su relato parten del final más que de ninguna parte. Lo que dije antes de las luces y las sombras. Pero lo que es peor es la ola oportunista que inunda, y disculpa la imagen fácil, las estanterías donde viven los libros que hablan de esa mal llamada memoria histórica.

En el año 2003, en una mesa redonda que tiene lugar en el Festival de Cine de San Sebastián—y según recoge Víctor Latorre en *Tres décadas de El espíritu de la colmena* (2006)— Víctor Erice denuncia el control (implícito) que el mercado ejerce sobre la producción cultural. El director de cine define el mercado como una censura más férrea que la censura política durante la dictadura (26). ¿Qué efecto tiene el mercado en la producción cultural vinculada a la recuperación de la memoria histórica? ¿Censura, promueve, limita, aporta visibilidad?

R. El mercado es una forma de censura. Ahora bien, decir que ahora estamos peor que en la dictadura franquista me parece una frivolidad lo diga quien lo diga. Dejando aparte ese apunte, sí, seguramente el mercado impone sus reglas. Esas reglas no son sólo económicas sino que tienen que ver también con intereses políticos, culturales, ideológicos... Por eso las escrituras de la memoria –no hay sólo una, y muchas veces se presentan como enemigas unas de otras– disfrutan o sufren las imposiciones del mercado. Eso quiere decir que según te posiciones –y de paso posiciones el punto de vista en tus novelas– culturalmente, ideológicamente, a la hora de defender una u otra concepción del pasado –ese pasado que como decía Faulkner no ha pasado porque está rabiosamente presente–, tendrás más o

menos sitio en los escaparates mediáticos del mercado. En general, podemos decir que desde hace unos años –como apuntábamos antes– la literatura de la memoria es mucho más visible que antes. Pero sin que eso suponga pensar que el paisaje es maravilloso. Siempre habrá unos libros por encima de otros, y eso no dependerá sólo de su calidad –a veces inexistente– sino de cuál sea su discurso, si ese discurso es complaciente con los postulados de la reconciliación y el consenso o si lo que propone es una reflexión crítica de aquellos postulados. No me siento cerca de ninguna exigencia, sea ésta del mercado o de quien sea. La única exigencia que asumo es la de la propia escritura, la que me exige el oficio de escribir. Y eso me concede una independencia que otros escritores a lo mejor no tienen. También ayuda a esa independencia el hecho de publicar en una editorial que respeta sin brecha alguna todo lo que escribo y lo comparte. Sé que soy parte del mercado, no soy tan imbécil para pensar lo contrario. Pero eso no quiere decir que tenga que tragarme sus reglas porque así lo mandan los cánones que controlan y dan vida a sus intereses.

¿Es posible practicar la memoria histórica desde los márgenes del mercado y tener, al mismo tiempo, una voz significativa en el discurso cultural?

R. Es posible. Todo es posible menos que te congelen como a Walt Disney con la seguridad de volver al cabo del tiempo para hacer novelas o películas de dibujos animados. Pero no es fácil. Lo tienen más fácil otros discursos, otros relatos más complacientes con la historia oficial, venga esta versión de donde venga. Ya sé que hay quien niega la existencia de una historia oficial. Pues que la nieguen. Primero hubo una versión oficial de la historia que fue aquella mentira que antes decía del franquismo. La historia contada por los vencedores. Luego hubo –y hay– la historia contada por el consenso. Ni la historia ni la ficción –con sus lógicas y necesarias diferencias– tienen por qué ser neutrales. Su rigor no radica ahí, en esa neutralidad. Pero se diga lo que se diga hay un debate profundo entre unas versiones y otras de la historia y la ficción. Y no hay duda de que el discurso consensual se mueve dentro de unas posibilidades de extensión que no tienen otros discursos. Y lo digo con todo el respeto a lo que piensan y escriben otros que piensan de manera diferente a la mía. Si hay algo que me irrita profundamente es ese victimismo en que algunos se atrincheran para disparar a los supuestos enemigos. La escritura es mi vida y no me va mal en esa vida de escritor. Tengo mis puntos de vista sobre lo que pasó, sobre lo que pasa y nunca me atreveré a ser ese imbécil que pronostica por dónde irá el futuro, sencillamente porque el futuro no existe.

En estos momentos de crisis, ¿en qué ha quedado la Ley de la Memoria Histórica?

R. Se trata de una ley de 2007, aprobada parlamentariamente a instancias del gobierno socialista de Rodríguez Zapatero. Una ley donde se juntan en el título su extensión desmesurada y el cinismo (la letra original dice: Ley de 26 de diciembre, por la que se reconocen y amplían derechos y se establecen medidas en favor de quienes padecieron persecución o violencia durante la Guerra Civil y la dictadura). Una ley que iguala a quienes defendieron la legalidad republicana y a los que se levantaron en armas contra esa legalidad y que deja fuera de amparo la exigencia de nulidad de los juicios de los tribunales franquistas que condujeron a la cárcel o a la muerte a tanta gente cuyo compromiso había estado con la II República legítimamente refrendada en las urnas a comienzos de 1936. La crisis que ahora sufrimos habrá supuesto, supongo, recortes considerables en la aplicación de algunas de las medidas contempladas en esa ley, como las ayudas destinadas a la apertura de fosas. Pero lo principal es que esa Ley de Memoria es otro fiasco para una parte de esa memoria. Una especie de Ley de Punto Final para un proceso que a este paso –y más con leyes como ésta– no va a cerrarse nunca.

En el contexto actual, ¿cuál es el espacio y qué puede aportar la recuperación de la memoria histórica?

R. No lo sé. La crisis se ha convertido en una especie de bicha donde cabe todo. Y es en ese revoltijo volumétrico donde se perderán muchas cosas. Ahora mismo sólo se piensa en que nuestro país se va a la mierda irremisiblemente. Mucha gente ya no puede comer, mientras los ricos son cada vez más ricos (lógica capitalista clarísima). El pasado tiene poco espacio –o ninguno– en esta situación de derrota generalizada en amplias capas de la población. El presente, una vez más, demuestra que el futuro es una entelequia, esa especie de rábano que se le pone delante de los ojos al burro para que siga caminando sin un límite que le asegure el descanso y la comida. Y en ese panorama resulta muy difícil extraer de nuestra memoria algún alimento que echarnos a la boca para aliviar tanta devastación económica, política y moral como la que vivimos desde hace unos años. Seguro que un reparto equitativo de la riqueza, la igualdad de derechos y oportunidades, una educación en y para la libertad, una justicia que no fuera insultante para la ciudadanía más desprotegida..., seguro que todo eso ayudaría a superar la crisis, a que no se hubiera producido. Pero esas palabras vienen de

antes, de aquella memoria. Y ya se ve que interesan poco en los tiempos de crónica desigualdad que nos toca vivir.

Teniendo en cuenta los movimientos reivindicativos que, como el 15-M o la plataforma *¡Democracia Real, Ya!*, surgen a raíz de la crisis económica, ¿es el maquis un modelo de compromiso político quienes quedan excluidos de los marcos de decisión política y económica?

R. Ojalá fuera así. Pero ya dije que aquel tiempo ha pasado a mejor vida, que es donde en España decimos que va a parar lo que se muere. Para mí sí que es un modelo, y tanto que lo es. Piensa que muchos de aquellos hombres y mujeres lucharon en la guerra civil española, que luego lucharon en la guerrilla, que después estuvieron en la resistencia francesa y que finalmente regresaron -muchos de ellos- al maquis español. Y que finalmente no superaron la principal de las batallas: la de la desmemoria. Hoy la política anda por los suelos del desprestigio, la ciudadanía considera a esa clase política como el tercer problema que sufrimos en España, después de la crisis económica y el paro. Sin embargo no hay manera de que miremos más allá de este obsoleto modelo de hacer política en democracia. Al igual que la distancia entre los ricos y los pobres es cada vez más abismal, lo mismo pasa entre la clase política y la ciudadanía. Porque lo que en realidad hay en España –y yo diría que en todo el planeta– no es una crisis económica sino de democracia.

¿Cómo se recordará al maquis dentro de una generación? ¿Como una figura violenta? ¿Como un artífice de la democracia?

R. O como nada. La guerrilla antifascista nunca ha sido un plato en el que la democracia española le gustara comer. Nunca le interesó a esa democracia –a quienes detentaron el poder político, ideológico, intelectual y mediático– hurgar en aquel pedazo de nuestra historia. Nunca. Mejor que no haya existido. Los tiempos de la reconciliación –los de antes y los de ahora– no están para que se los maree. Mejor la tranquilidad impuesta, mejor inventarnos una Transición ejemplar, modélica, exportable. Dejemos al pasado en paz. Como si el pasado y sus protagonistas se sintieran a gusto con el silencio y el olvido que los saca del mapa, que los borra indecentemente de nuestra memoria individual y colectiva.

Para concluir, ¿qué futuro le ve a la memoria histórica? ¿Qué retos le plantea aún a la sociedad española?

R. Es difícil apostar por la duración de algo que no ha acabado de arrancar aunque hayan pasado casi cuarenta años de la muerte del dictador Franco. Primero habría que sentar unas bases serias, rigurosas con la historia de los acontecimientos, desde las que partir. En nuestro país nunca ha habido una auténtica política de Estado sobre la memoria. La Ley de Memoria, ya lo dije, es una patochada de mal gusto. Por eso, ya me contentaría con conocer la fecha en que se iniciara en serio aquella política de Estado, una política que –como ha sucedido hasta ahora– no nos llenara a mucha gente de vergüenza

Sugerencias de lecturas de Alfons Cervera

Caballero Bonald, José Manuel. *La costumbre de vivir*. Madrid: Alfaguara, 2001.

Impreso.

_____. *Somos el tiempo que nos queda: obra poética completa 1952-2009*. Barcelona: Seix Barral, 2011. Impreso.

Chirbes, Rafael. *En la orilla*. Barcelona: Anagrama, 2013. Impreso.

Fernández Buey, Francisco. *Política*. Madrid: Losada, 2003. Impreso.

Flores d'Arcais, Paolo. *¡Democracia! Madrid*: Galaxia Gutenberg, 2013. Impreso.

Gopegui, Belén. *El padre de Blancanieves*. Barcelona: Anagrama, 2009. Impreso.

Marsé, Juan. *Un día volveré*. Barcelona: Plaza & Janes, 1982. Impreso.

Piedras Monroy, Pedro. *La siega del olvido*. Madrid: Siglo XXI, 2012. Impreso.

Riechman, Jorge. *Resistencia de materiales. Ensayos sobre el mundo, la poesía y el mundo (1998-2004)*. Mataró: Montesinos, 2006. Impreso.

_____. *Conversaciones entre alquimistas*. Barcelona: Tusquets Editores, 2007. Impreso.

Rosa, Isaac. *La mano invisible*. Barcelona: Seix Barral, 2011. Impreso.

Zúñiga, Juan Eduardo. *Largo noviembre en Madrid. La tierra será un paraíso. Capital de la gloria. La trilogía de la Guerra Civil*. Madrid: Cátedra, 2007. Impreso.

Notas

¹ La Ley de la memoria histórica se aprueba el 31 de octubre de 2007, bajo la presidencia de José Luis Rodríguez Zapatero. Esta ley incluye disposiciones anteriormente vetadas por el consenso, como el reconocimiento del carácter injusto de los juicios sumarios del franquismo (aunque no su anulación); la indemnización de los represaliados de la dictadura y de sus familiares; la retirada de símbolos franquistas de los espacios públicos; la concesión de la nacionalidad española a los brigadistas internacionales, así como de los hijos y nietos de los exiliados, y la creación del Centro Documental de la Memoria Histórica.

² Jacques Rancière define el consenso como “a reasonable agreement between individuals and social groups who have understood that knowing what is possible and negotiating between partners are a way for each party to obtain the optimal share that the objective givens of the situation allow them to hope for and which is preferable to conflict” (*Disagreement* 102).

³ Según Rancière, “Democracy is the designation of subjects that do not coincide with the parties of the state or of society, floating subjects that deregulate all representations of places and portions” (*Disagreement* 99).

Bibliografía

- Cervera, Alfons. *La noche inmóvil*. Barcelona: Montesinos, 1999. Impreso.
- _____. *La sombra del cielo*. Barcelona: Montesinos, 2003. Impreso.
- _____. *Maquis*. Barcelona: Montesinos, 1996. Impreso.
- _____. *Tantas lágrimas han corrido desde entonces*. Barcelona: Montesinos, 2012. Impreso.
- El laberinto del fauno*. Dir. Guillermo del Toro. Perfs. Ivana Baquero, Sergi López, Maribel Verdú, Doug Jones. Tequila Gang, 2006.
- Gago, Verónica. Entrevista con Amador Fernández Savater. Después de la Puerta del Sol. Página 12, Buenos Aires. 19 de agosto de 2011. <<http://www.pagina12.com.ar/diario/dialogos/21-175561-2011-08-29.html>>. Web.
- Giménez Bartlett, Alicia. *Donde nadie te encuentre*. Barcelona: Ediciones Destino, 2011. Impreso.
- Grandes, Almudena. *Inés y la alegría*. 4 ed. Barcelona: Tusquets Editores, 2010. Impreso.
- Latorre, Jorge. *Tres décadas de El espíritu de la colmena*. Girona: Eiunsa Ediciones Internacionales Universitarias, S.A., 2006. Impreso.
- Martínez, Guillén. *CT o la Cultura de la Transición*. Madrid: Debolsillo, 2012. Impreso.
- _____. *Franquismo pop*. Barcelona: Mondadori, 2001. Impreso.
- Rancière, Jacques. *Dis-agreement. Politics and Philosophy*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1999. Impreso.